

## La necesidad de la sugerencia<sup>1</sup>

Pablo Javier Pérez López

Universidad de Valladolid

*Ustedes los estudiantes son los llamados a demostrar la ineptitud de los profesores.*

Don Miguel de Unamuno

El presente texto de sugerencia nace haciendo hincapié primeramente en un hecho, los organizadores de un congreso de pedagogía filosófica, han aceptado una sugerencia, un intento de comunicación, un mensaje embotellado de un alumno. Han transigido un decir que está alejado del vértice del profesor, y por eso mismo han dado voz a un niño. Es decir a un alumno:

¡Qué gran paso, qué adelanto, qué acto feliz: un niño dice lo que piensa respecto a la pedagogía, respecto a la enseñanza, y en concreto respecto a la pedagogía filosófica! Un niño habla a los filósofos. Un intento de poeta habla a los filósofos. Un poeta regresa a una República filosófica y es para ser hipotéticamente bien recibido. Su regreso es nada menos que a la Academia para hablar o dejar entrever sus pensamientos y sentimientos respecto a la pedagogía, nada más y nada menos. Vieja y sempiterna disputa. Herida vieja. Ustedes lo han querido.

Aceptemos por tanto la exhortación unamuniana. Son efectivamente los estudiantes los llamados a demostrar su disgusto pedagógico. No hablemos de ineptitud, palabra chirriante que oculta la falta de aptitud que manifiestan encontrar algunos alumnos. Cierta disconformidad con la pedagogía, entendida como un gran lugar común donde se encuentran millones de niños y profesores pugnando a diario en una batalla de la que hemos olvidado su inicio. Esta es una simple sugerencia, un discurso balbuceante sobre la llamada enseñanza, que espero reciban con benevolencia. No me castiguen.

Me gustaría que recibieran esta sugerencia, esta invitación –necesariamente breve- a una pedagogía de la imaginación, a una pedagogía de la originalidad filosófica de la misma forma que un pastor errabundo recibe los luminosos destellos y sonidos de un tren impaciente que ofrece su movimiento en un decir sincero y personal. Una pequeña sugerencia que quizá pueda evocar cuestiones que merecen cierta atención por nuestra parte.

Partamos del siguiente punto: la pedagogía tradicional ha consistido en un robo. En el robo de un tesoro. Este tesoro, el más valioso tesoro del animal humano, a mis jóvenes ojos, es la propia niñez. Educar, ha significado tradicionalmente un proceso de socialización, de instrucción, es decir un proceso de sometimiento de la irreverencia, de la impertinencia infantil, del querer lo imposible, del deseo, de la excentricidad almática, diciéndolo con cruel brevedad: la educación ha consistido, y sigue consistiendo en gran parte en un asesinato del imaginar, en un crimen de la fábula, de la ilusión. Una ilusión que a mi también joven entendimiento aparece irremediabilmente como condición de la existencia. Necesidad para su conquista. Desde esta perspectiva habrá de entenderse la pedagogía no como extirpación de la

---

<sup>1</sup>Comunicación presentada en el II Congreso "La enseñanza de la filosofía" en Castilla y León. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valladolid. Mayo 2006

niñez, no como alevoso destripar del núcleo entusiasmado del niño o adolescente sino como ancho reto que se enfrenta a la necesidad de integrar la niñez para la madurez. Evitación, pues, del sometimiento y avivamiento que encauce la ilusión desbordada. Salvación de la niñez para la adultez.

Algún día el profesor será el niño. Acudirán a las escuelas los millones de profesores que ya no sienten el palpar apasionado del que conduce al niño por los primeros caminos de su mundo. Me gustaría parafrasear en este punto, de inicio a Ortega: *yo no creo mucho en la obligación, como creía Kant; lo espero todo del entusiasmo. Siempre es más fecunda una ilusión que un deber. Para Europa, hoy, la gran cuestión no es un nuevo sistema de deberes, sino un nuevo programa de apetitos*<sup>2</sup>.

El hoy orteguiano, en ese sentido parece ser el mismo que el nuestro. Dura todavía, pues el gran mal que nos acecha y cosifica que es haber perdido el hambre, la querencia, el entusiasmo, el apetito del mundo. Ni profesor ni alumno parecen dirigidos por entusiasmo. El sometimiento de las primeras hambres y deseos conducen a una pedagogía desalmada que es mera instrucción aséptica, mero amontonamiento de cosas sobre recipientes. Qué poco hambre almático. Qué mecanización de la pedagogía. Qué absoluto fracaso el de la instrumentalización total del saber (el famoso *para qué*<sup>3</sup>). Qué error el de intercambiar conocimiento como cromos, como cuerpos disecados. Qué error el desvincular al niño de su deseo. Qué educación tan sepultadora la que no aporta lugar al deseo del que aprende y quiere aprender. Pero qué gran acierto para el sometimiento y la somnolencia hueca.

Qué terrible manipulación la del profesor que pretende formar niños como se forman militares dispuestos a manejar el mundo. La libertad es el objetivo último de la educación. En caso contrario no hablamos de pedagogía sino de modelación, de concienzación, es decir de manipulación e imposición en los adentros uterinos del aprendiz

¿Y dónde queda la libertad? Libertad no es adoctrinamiento; libertad es encauzar los instintos vitales de los muchachos. Libertad es despertar a la vida al niño con todo lo que él trae vivido en los pasos iniciales de su conquista. Libertad es dejar que cada cual llegue a ser lo que es. Que cada cual se inicie en el conocimiento desde su padecer, es decir, desde su enfrentamiento con el mundo: su pasión.

Parece necesario alumbrar su apasionamiento, su entusiasmo. Y esto no es, no puede ser, no debe ser, desde mi interpretación, un absolutismo del concepto y de la dialéctica del aprendizaje superficial del concepto. Para eso habrá tiempo. Educar supone despertar, alumbrar al niño al mundo de la vida y presentarle su gran reto. El reto de su mismidad. ( Lo que Sábato llama felizmente *Unomismo*) Educar supone no cercenar la niñez sino, como decíamos tratar de integrarla para la madurez, pues en caso contrario el adulto que no ofrece mirada de niño es completamente momia del saber, egiptólogo del conocimiento, comentarista de lo que dijeron y agente pasivo del vivir.

Cercenar la niñez significa cercenar la querencia de lo deseable. Evitar el horizonte de lo imposible y subyugar al principio de realidad toda expresión tanto filosófica, como artística o científica. Y sólo de la apertura de posibilidades, de la fantasía que supone pensar lo imposible para traerlo a lo posible provienen los nuevos poetas, lo futuros filósofos, lo grandes científicos del mañana.(lo posible según lo verosímil y lo necesario dirá Aristóteles) En cierta forma el profesor debe alentar pues sofocar el querer no será sino un crimen ritual que a mi modo de ver está en el origen

---

<sup>2</sup> *Meditación de nuestro tiempo*. Conferencias de Buenos Aires, 1928. Ed. FCE, Págs. 201-205

<sup>3</sup> El famoso para qué la filosofía; ¿Para qué filosofar, poetizar, sembrar de metáforas y teoremas el mundo? Para y por la vida respondemos, porque es inevitable, por instintiva necesidad.

de una impávida sociedad repleta de animales cosificados y fuertemente desorientados. Las grandes batallas de la infancia son batallas metafísicas, y eso es la metafísica, la búsqueda de orientación. La orientación parte del niño. El niño indaga y busca y cercenar su búsqueda identificándola con lo absurdo o con la ignorancia es un peligro que puede conllevar la desorientación más absoluta.

De este modo la sugerencia es fundamental en pedagogía, en todas las pedagogías habidas y por haber so pena que creamos en una pedagogía del camión. La pedagogía del camión consiste en un profesor que llega cargado de datos, lecturas e interpretaciones propias (por supuesto unívocas e irreprochables) que vuelca complaciente sobre alumnos que creen que el saber es su almacenamiento y su consiguiente expulsión en la hoja terriblemente cuestionadora del examen. Aquí se identifica ingenuamente la resolución de la cuestión del examen con la resolución de la cuestión. Cuestión filosófica sempiterna fácilmente irresoluble.

Eso no es pedagogía. Eso es trámite, maniqueísmo de escuela, disfraz de aprendizaje. Sin sugerencia, sin invitación a la cuestión, a la vivencia de la encrucijada propuesta no hay pedagogía sino únicamente traspaso y devolución de conceptos, no palpados, no destripados, no sentidos, no re-nacidos originariamente por/para el alumno. Sin entusiasmo del aprendiz e indagación propia no hay filosofía sino apariencia de sabiduría (recuerdo aquí al amigo Sofista acusado de vender apariencia de sabiduría a los más jóvenes e inexpertos)

Sin ilusión no puede haber ni filosofía, ni matemática, ni física, ni música, ni pedagogía. La ilusión es condición de la existencia, la ilusión es la necesidad primera del conocimiento –incluyendo la ilusión del propio conocimiento- Sin una pedagogía de la ilusión, es decir sin una sugerencia profunda que desgarrar y abra nuevos cuestionamientos en la naturalidad, en lo cotidiano no puede haber conocimiento absorbido, conocimiento vivido, y sobre todo irremediable querer saber. La filosofía desilusionada no es filosofía. Ortega mismo describe con su habitual tino esta pedagogía que no es sino introducción ilusionante en el mundo:

Quien quiera enseñarnos una verdad que no nos la diga: simplemente que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, deslizándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la misma verdad. (Obras completas VI. P.335)

Quizá la gran tragedia pedagógica es su misma falsedad, su teatralidad –en el mal sentido- en ausencia de adueñamiento querencial, de evidenciación primera de la necesidad que da lugar a ese querer saber.

Y nótese aquí que la ilusión<sup>4</sup> no es mera apariencia imaginada, sino sentimiento que brota en imaginación y asentamiento intuitivo de todo conocimiento. Fábula. Mentira enriquecedora que dice huesudamente.

Es en este punto donde encontramos la especificidad de la pedagogía filosófica. La filosofía no puede enseñarse<sup>5</sup>. No puede enseñarse a filosofar. No puede el profesor moldear un filósofo, pues ésta no puede sino brotar de lo que conlleva la íntima necesidad de cada particular animalidad infantil o adolescente. ¿Cómo enseñar

---

<sup>4</sup> El ejemplo más fuerte de ilusión es la vida del niño, es su gran propiedad, sin ilusiones el niño no es niño y cercenar su ilusión es matar su propia niñez. Su persistencia es esa imaginación futuriza. Acabar con ella es eliminar toda educación –que hemos definido como el reto de integrar la niñez para la madurez –(Para un texto sugerente en torno a la ilusión véase: MARÍAS. J. *Breve tratado de la ilusión*)

<sup>5</sup> [Día a día se afirma en mí la sospecha de que nada que en verdad merezca la pena ser aprendido puede ser enseñado.] (La pedagogía de la contaminación. En *Misión de la Universidad*. Pág. 87)

filosofía? Otra cosa es tratar de exponer los pensamientos que tuvieron otros autores en otras épocas y eso no es sino enumeración.

El dogmatismo no es pedagogía sino adoctrinamiento. Aprendizaje de dogmas pétreos. La filosofía no puede enseñarse sino vivirse. Sino prenderse. Y prender el cuestionamiento filosófico es desnudar al alumno dejándolo en cueros ante el mundo sin un escudo que lo guardezca de la cruel y cruda realidad. Desvistiéndolo del pijama de la tradición y las teorías, sin el escudo de lo hecho. Su mismidad en-contrada a la exterioridad enigmática y desconcertante. Filosofía no puede ser sino originariedad originante, según creo, sino re-nacimiento de la originariedad, re-sentimiento del mundo y aprisionamiento entre realidad y lenguaje balbuceante. Búsqueda de orientación, necesidad de hilar un argumento. Pensamiento de lo posible y lo imposible. Asirse inmediato a la fantasía y construcción de un primer guión poético que posibilite levantar la búsqueda filosófica de todo hombre herido, de todo niño herido por el cruel enfrentamiento a la vida. Respuesta ensimismada, elaboración de un mundo que permita arrojarse al exterior y comenzar su conquista histórica, esto es, temporal, de la existencia propia, concreta de cada pequeño hombre que siente, piensa, quiere y por padecer es monstruosamente apasionado. Filosofía no puede ser sino niñez albergada que crea.

Fluctuación, eso es lo que el profesor de filosofía debe tratar de desentrañar del alumno que queda atrapado por la sugerencia. Corriente de conquistas. Hambre. Pálpito, Actividad, protagonismo frente al mundo.

Ése hambre despertado por la sugerencia pronto buscará saciar su ausencia de alimento. La filosofía, así, será búsqueda devoradora, necesidad de mordisco de la realidad cruda y juego con las palabras que evidencie la limitación del concepto. El nuevo cazador, el nuevo filósofo que nace en la clase de filosofía empezará pronto a tejer sus propias redes, rudimentarias e inevitablemente agujereadas, pero propias. Así habremos prendido la mecha que se pretendía.

La autenticación, esa es la primera meta pretendida, es decir, literalmente, la necesidad de adueñarse de nuestra mismidad, adueñamiento, y por ende de liberarse de la congelación, de la inmovilización que es habitual en la pedagogía de múltiples disciplinas académicas. La libertad, comprensión de su necesidad alámica, es meta de la pedagogía filosófica.<sup>6</sup> Sacudir al niño para el mundo y soltarlo libre hacia su destino elegido. Este hombre joven, pero decididamente adueñado de sí mismo y libre es todo lo contrario al buscador de recetas que abunda hoy día en todos los ámbitos que habitamos. Sin intuición no puede iniciarse una filosofía.

Todo el canto del niño que se dirija al ejército de profesores es, parece ser y en cierta forma debe ser un canto al viento frente al sometimiento de su propia vida. Frente al encadenamiento a lo que dijeron otros. De la imprudencia, la discrepancia y la irreverencia nacerán nuevas y valiosas aportaciones.

La filosofía, pues no puede enseñarse, pues es conquista vital. Devorar propio. La filosofía, dicho con Ortega, se contamina. Es sugerencia honda. Es seducción. El filósofo se dedica a hacer su camino, a escribir su propio devorar. A esculpir la niebla de su propio pensamiento sentido y su propio sentimiento pensando, su materia del espíritu. Ahora bien al filósofo, o más bien al profesor que se le supone cierta capacidad administrativa no puede sino exigírsele que no se tome en serio ésta sino que dedique su esfuerzo a tirar piedras envueltas de sugerencias contra las almas quietas y adormecidas de los recién llegados. Que provoque un despertar de las almas ya sometidas y que ponga remedio a las que todavía se presentan vivas pero famélicas.

---

<sup>6</sup> No queremos alegres cantores de himnos doctrinarios sino patriotas de la heterodoxia que se adueñen de su vivir y lo conduzcan a un filosofar vivaz y valiente.

No parece necesario excusarse por citar a Ortega, pero manifiesta una especial elocuencia, mayor aún que la consabida en sus textos pedagógicos. Sus dos grandes metáforas (del Cascabel y de la varita de virtudes) expresan con la riqueza densa del símbolo lo dicho anteriormente:

- La incompreensión de lo infantil deriva de su tratamiento en la misma esfera de la adultez y en su intento de amputación o deformación de lo infantil. Sólo aquellos hombres que todavía llevan en el ángulo de la pupila una inquietud latente parecen estimables por su gran brinco sobre la vida. La negación de la infancia debe ser dialéctica, es decir integradora. De la audacia, de la díscola interioridad de lo impertinente. “Y es el caso que, como el cascabel, lo mejor de nosotros está en el son que hace el niño interior al dar un brinco para liberarse y chocar con las paredes exorables de su prisión” Qué poco decir es el sereno que no lleva palpitante e incordión un incorregible niño prisionero. Es necesario dejar que en el paisaje natural del niño germinen, sin prisa, sus intuiciones y hambres de llegada.
  
- Además de corazón, núcleo íntima agitado, de nuestra coraza de madurez. La niñez es presentada en esta otra gran metáfora pedagógica del maestro como varita de virtudes. Los objetos que existen para el niño son los vitalmente deseables. Al niño le interesa lo deseable frente al hombre maduro que muestra interés por lo real, precisamente por serlo (aunque no sea deseable) La varita de virtudes es precisamente aquella que posee el niño y que le permite “convertir el universo en un paisaje habitado por cosas deseadas” Pedagogía humana no puede ser otra que no tome la seriedad del desideratum infantil para el futuro de madurez, que mantenga y encauce el hambre esencial, el deseo esencial del niño.

¿En qué puede quedar convertido un animal humano sin esas cuatro virtudes de la mocedad: risa, amistad, amor y entusiasmo?

El profesor no puede ser sino mediador, puente viviente, que alienta y posibilita la concretización de ese entusiasmo, de ese alegre apego vital, revelador, partero de las preguntas agazapadas:

Pues que una lección ha de darse en estado naciente. Se trata en la transmisión oral del conocimiento de un doble despertar, de una confluencia del saber y del no saber todavía... Pues el alumno comienza a serlo cuando se revela la pregunta que lleva dentro agazapada. La pregunta es (...)expresión misma de la libertad.(...) Y es el maestro, sin duda, el que lo hace surgir, haciendo sentir al alumno que tiene todo el tiempo para descubrir y para irse descubriendo, liberándolo de la ignorancia densa donde la pregunta se agazapa. (...) Y el maestro ha de ser quien abra la posibilidad, la realidad de otro modo de vida, de verdad.<sup>7</sup>

Esta defensa del conocimiento apasionado como reintegración de la niñez para la madurez apunta como necesidad la vuelta, el recibimiento en la escuela de aquellos poetas entusiasmados desterrados de la República. Recordemos aquí las palabras de William Desmond en las recientes jornadas de estética: “los filósofos –decía- deben ir al colegio con los poetas” como herederos de una época en que la filosofía académica persistía en la evitación de un saber poético, encarnado, labrado de ilusión quizá la tarea del filósofo conquista en un primer término o intento en una tarea poetizadora paralela a la del niño (alumno o adolescente) que permita ese despertar a la encrucijada filosófica. Se trata de volver al poetizar para enraizar un filosofar libre,

<sup>7</sup> ZAMBRANO.M *La vocación de maestro*. Ágora. Málaga. 2000. Pág. 138-139

valiente y apasionado, un filosofar aguerrido y originario que es elección de cada cual y que supone asumir una actitud filosóficamente activa.

El poeta puede iniciar un diálogo que sugiere nuevas ventanas de entrada o salida hacia la vida. El poeta puede ser ése primer profesor de filosofía que media con el encuentro originario tratando de contagiar su propia niñez conservada, salvada y ofrecida a sus nuevos compañeros.

Así la filosofía será enraizada, vuelta al origen, creación que evita las tiranías<sup>8</sup>, origen re-nacido, actividad frente a la pasividad habitual del aprendizaje receptivo. Este profesor poeta será el que comparta desde la honrada sencillez del niño que no sabe mentir sus necesidades. Sólo he encontrado una verdadera conexión, un compartir fluido en aquellos profesores que se han ofrecido enteros en sus pasiones y expectativas. Aquellos que han ofrecido una seducción (la seducción primera es definitiva dice Bachelard) destripando sobre la mesa todo su deseo pugnantemente con la realidad ofreciendo algo más: su propio encuentro filosófico encarnado y plenamente almático.

Y todo porque el pensamiento, el conocimiento cojo de ensoñación, imaginar, y desear es simple y llanamente automatismo de muerto. Contra los maestros que ya no van a la escuela (Bachelard) el poeta se ofrece como otro niño más compartiendo su entusiasmo y su encuentro con la vida. Guías que te adentran en una selva monstruosamente ancha sugiriendo caminos y no imponiendo metas. El poeta, como decía, Eluard piensa siempre en otra cosa, y por tanto se rebela contra la idea fija re-encontrando recurrentemente, en su andar compartido otros mundos nuevos, otros matices de lo más primitivo que ofrecen como posibilidades. El poeta revela y se rebela y por eso es el más indicado, el más niño para afrontar ese reto pedagógico, parir y conservar la originariedad almática del niño. Huir de las corazas huecas, hacer vibrar por siempre nuestra inquietud infantil. Y todo ello es un levantarse contra las escuelas dominantes que detienen las fuerzas metamorfoseantes, dice Bachelard. No queremos, para terminar, corazas agusanadas sino corazas repletas de una infantil y alada pasión, corazas que pueden levantar el vuelo y transfigurar la arruga del mundo.

---

<sup>8</sup> “La filosofía procura a los hombres un asilo en el que no puede forzar la entrada tiranía alguna, las cavernas de la interioridad, el laberinto del pecho. Y eso exaspera a los tiranos” (a los guardianes intelectuales de las Repúblicas añadimos aquí)